

BLAS CANTÓ

A close-up portrait of Blas Cantó, a young man with dark, wavy hair and light blue eyes. He is wearing a white t-shirt and has a light beard. He is looking directly at the camera with a slight smile. His right hand is resting on his head. The background is a solid teal color.

HISTORIA DE UNA ESTRELLA SIN NOMBRE

m̄

BLAS CANTÓ

HISTORIA DE UNA ESTRELLA SIN NOMBRE

m̄

© Blas Cantó, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

© Fotografías de interior: Javier González, 2020

Fotografías de pp. 19 y 28-31, archivo del autor

Diseño de interiores: María Pitironte

Por la reproducción de las letras de las canciones escritas por Blas Cantó,

© Blas Cantó, Warner Chappell Music Spain

ISBN: 978-84-270-4677-1

Depósito legal: B. 7.276-2020

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Prólogo, 12

1

Una lágrima al viento, 16

Mapas infinitos, 22

Un cobarde sin temor, 32

2

Dulce miel, sabor amargo, 38

Puedo ser principio o ser final, 46

3

Las luces brillan sin ti, 54

Jugando a no perder, 64

¿Inglés o español?, 68

4

El proceso creativo, 72

Como arena entre mis manos, 80

5

Como un avión de papel, 86

6

En el estudio, en vivo, 96

Mi nueva familia, 104

7

Magia en la realidad, 110

Blanco y negro, 116

9

Cenizas, 138

11

Reconocimiento, 160

¿Y ahora?, 166

13

16 años después..., 182

Destino, 190

8

Complicado, 122

10

Sin contrato, 148

Mirando hacia el futuro, 152

Mi yo anterior, 155

Pastora Soler, Raphael, Rosana... Grandes
estrellas, enorme inspiración, 158

12

Mira por mis grietas la luz, 172

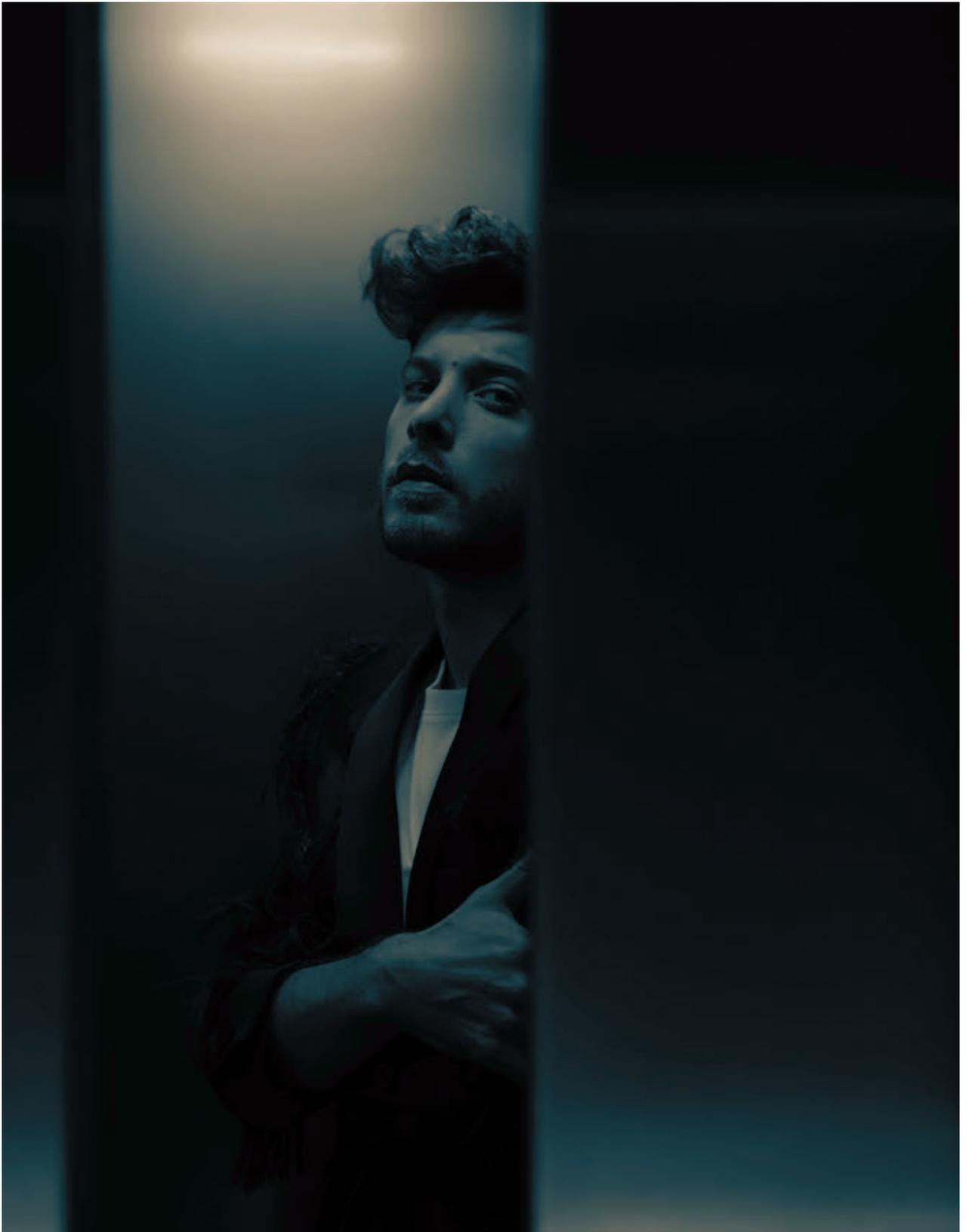
Agradecimientos, 191



Cada estrella lleva escrito su nombre y su color, pero la mía era distinta. Viajó en mi bolsillo durante muchos años, sin nombre, sin luz, sin amor. Si alguna vez brilló, ni siquiera se dio cuenta: permaneció en la sombra, esperando paciente a ser descubierta.

Hace un tiempo la escuché, miré en mi bolsillo y ahí estaba: tranquila, como si quisiera decirme algo. La abracé y la presenté al mundo. Y brilló. Brilló tan fuerte que ya no fue capaz de ocultarse más. Hoy quiere que te quedes conmigo, abrazándonos para oír sus latidos.

Si estás esperando una historia de superación y de autoayuda, ya puedes prepararte un café y ver pasar el tiempo, porque en estas páginas no encontrarás nada de eso. Estos son mis pensamientos, mi manera de ver el mundo, mis historias; lo que ya he contado en una entrevista y lo que jamás oíste de mí. O tal vez sí.



UNA LÁGRIMA AL VIENTO

Crecí en Ricote, un pueblo del interior de Murcia de apenas mil doscientos habitantes. Me crie en la casa de mis abuelos maternos: con ellos, con mi madre y con mi tío. Desde los tres años ya cantaba por todos lados: en la calle, en el colegio, en actos familiares... ¡incluso en la iglesia!

Es raro ser «el que canta» en un pueblo tan pequeño; de alguna manera, empiezas a destacar a una edad muy temprana, y en ese sentido la popularidad me ha acompañado desde siempre. Realmente no sé si es algo positivo o negativo, nunca he pensado en eso, simplemente lo hacía. Siempre me ha dado cierto respeto cantar en un círculo pequeño de gente, prefiero hacerlo en un escenario; así me siento más seguro. Lo más extraño es que, a día de hoy, me sigue pasando. Me dan retortijones cuando me dicen: «¡Cántanos algo!». Yo no soy ese tipo de artista. Me encantaría no pasar esos nervios y arrancarme sin pudor a cantar como lo hacen otros, pero yo no soy así; me da pánico. Aun así, solo basta que me lo pidan dos veces para que termine haciéndolo. Y, cuando empiezo, ya no hay quien me pare.

Encima del escenario es muy distinto; me siento poderoso. Es como si fuera capaz de cualquier cosa, siento que me transformo en una persona totalmente diferente de la que soy en realidad. A veces resulta un poco decepcionante para la gente que me ve desde abajo del escenario. Lo primero que me dicen es que soy



muy pequeño. Sí, ya lo sé, no soy muy alto. Pero en términos artísticos, fuera del escenario no me importa ser pequeño; si no lo fuese, cuando me subiera ahí arriba pasaría totalmente desapercibido. De alguna manera, en el escenario me siento libre y grande.

No recuerdo un momento de mi vida en el que no haya cantado, supongo que ha sido la principal forma de comunicarme. Con el tiempo me di cuenta de que la música me ha ayudado a llenar algún vacío que otro, pero eso lo he asimilado después.

Mi educación se basó en la religión cristiana. ¡Hasta fui monaguillo! Pero, en realidad, en lo único que creo es en el universo y en la energía que transmitimos los unos a los otros; lo demás es demasiado para mí. Vivíamos al lado del cura. Cuando era pequeño, me colaba por su patio, que estaba conectado con el convento donde vivían las monjas. ¡Aquello era inmenso!, tenían un huerto de limoneros y un terreno donde cultivaban todo tipo de frutas y verduras, y al lado había un jardín lleno de flores. Yo les decía a las monjas que en mi casa hacían ruido y que los carteles en los que ponía «No molestar, estoy grabando» ya no servían, así que prefería irme con ellas. Allí todo era silencio. Me dejaban una sala en la que podía grabar mis cintas. Utilizaba un radiocasete en el que sonaba música y una grabadora que recogía el sonido de esas melodías y mi voz. Ellas pasaban horas y horas escuchándome cantar detrás de la puerta, aún conservo esas grabaciones. Creo que las monjas fueron de las primeras personas que se dieron cuenta de que yo cantaba: la madre María, las hermanas Carmen Martínez, Carmen Gómez, Soledad, Paquita, Montse..., y mi gran descubridora: la hermana Dolores. «¡Es un milagro!», decía.

Pasaba muchas horas en ese convento, recorría y exploraba todos sus rincones. Si cierro los ojos, puedo verme allí, en cualquier habitación, pero siempre cantando. Me propusieron como cantante principal de mi primera comunión, al estilo de la película *Sister Act 2*, solo que las monjas no cantaban en el altar como las discípulas de Whoopi Goldberg. Y ocurrió: ¡la iglesia estaba a rebotar ese domingo! No recuerdo una ceremonia tan multitudinaria. Ya había cantado en público, pero estoy seguro de que ese día ofrecí mi primer gran concierto. Conservo muy buenos recuerdos de aquella época. Las hermanas formaban parte de mi familia, me cuidaban más horas que a los demás niños del pueblo. Y yo era muy feliz.

Me aficioné a cantar en ceremonias y, unos años después, empecé mi trabajo en la «BBC» (bodas, bautizos y comuniones). Yo tenía unos once o doce años, pero

por aquel entonces era la sorpresa más esperada en todas las celebraciones. La gente se emocionaba y yo era feliz cantando para todo el mundo. A veces iba por las fiestas de los pueblos y se me acercaba gente a pedirme autógrafos o sacarse una foto conmigo. Lo mejor era cuando esas personas eran los novios de la boda del fin de semana anterior... ¡Y los de al lado también! ¡Y lo mismo los de más allá! Era gracioso, porque prácticamente había cantado en la boda de todas las parejas de la región.



Academia Kodaly



Familia, 2002

Empecé a tener fans con siete u ocho años, era muy pequeño. Al acabar mis actuaciones, me pasaba un rato firmando autógrafos en servilletas, papeles o cartones. Hay gente que me sigue desde esa época; algunos incluso conservan esos trozos de papel y me da mucho gusto recordarlo.

Supongo que en esta foto estaría cantando alguna canción antigua. Mi repertorio no era nada moderno, tenía un estilo bastante clásico. Me encantaba interpretar esas canciones, aunque las letras eran de alguien que había vivido toda una vida. A veces pienso si mi alma ha estado ya en otro tiempo.

Y, ya ves, mi madre me vestía de señorito: corbata, chaleco y zapatos; más propio de otra época, pero lo cierto es que esta imagen es de 2002.

La final del 'Veo, veo' reúne en el Romea a los artistas del futuro

Los murcianos Chiqui Cantó y Raquel Pando comparten el Primer Premio de un concurso que condujo una vez más Teresa Rabal

J. PÉREZ PARRA MURCIA

Apenas levanta un palmo del suelo, pero José Rodríguez está hecho todo un artista. A sus tres años, este pequeño de Aguilas se metió en el bolullo al público que ayer abarrotó el Teatro Romea para presenciar la final nacional del concurso televisivo Veo, Veo. Emulando a Camarón, José Rodríguez entonó *La niña de fuego* acompañado por los amigos y los ojos del público. Fue el benjamín de un concurso que terminó dejando en casa los 6.000 euros del Primer Premio, compartido por los jóvenes cantantes Chiqui Cantó y Raquel Pando.

El programa, presentado por Teresa Rabal, será emitido por La Primera de TV3 el próximo lunes 23 de diciembre a partir de las diez de la noche. Será el momento de comprobar cómo junto al día murciano también salieron triunfadores el ballet Orkík Danco, que consiguió los 3.000 euros del segundo premio, y Juan María Moreno, que se alzó con el tercer puesto y sus 1.500 euros.

La gala comenzó con retraso. Hora y media después de lo previsto, la valenciana Estefanía Grales entonaba *Solo otro vez*. Tras ella, el escenario del Romea fue bendecido de futuras promesas. Hubo de todo, desde baile ruso hasta flamenco.

Entre lágrimas

Algo no pudo evitar emocionarse. Fue el caso de Chiqui Cantó, que terminó entre lágrimas su interpretación de *Si tú no estás aquí*, de Rosana. La propia cantante, que se dirigió a él a través de una grabación televisada, y la perenne sonrisa de Teresa Rabal, se encargaron de consolar al pequeño cantante.

Mientras, la representante andaluza se arrancó por el baile, como no podía ser de otra manera. Entregada a su taconeo, Naomi Patiño bien parecía la Paqueta de Jerez en sus años mozos. El público aplaudió una intervención que fue reconocida por el jurado con el Premio Revelación

EL PROGRAMA

- **Cadena:** La Primera de TV3
- **Día y hora:** Lunes, 23 de diciembre, a partir de las diez de la noche.
- **Participantes:** 17 grupos, cantantes, bailarines, músicos e intérpretes compitieron en el Romea por los seis premios en juego.
- **Presentadora:** Teresa Rabal
- **Invitados:** Durante la gala actuaron Isabel Pantoja, Los Caños y Bellepop.
- **Escaparate para Murcia:** Durante la retransmisión se emiten imágenes de la Región.

Rocío Jurado, Los Caños y Bellepop acompañaron a las pequeñas promesas

José Rodríguez, un aguilero de tres años, el más joven del certamen

Francisco Rabal. El ballet El Rey León, por su parte, consiguió el Premio Artes Escénicas.

Desde las boticas, madres y abuelos apoyaban sin descanso a hijos y nietos. Los que más kilómetros recorrieron fueron los cantantes. Desde las islas acudió Soraya Ramos, madre de Loeva, una de las participantes, junto a los abuelos, Joaquín y Rosario. «Claro que merece la pena coger el avión... comentaban... y la ilusión de ver a nuestra Loeva cumpliendo su sueño».

Entre tanta estrella merceda se dejó caer algún que otro artista consagrado. Rocío Jurado no quiso perder la oportunidad «de estar con los niños». La cantante les mandó un mensaje de apoyo. «Este teatro da suerte... aseguré... porque aquí fue donde empecé yo». También acudieron al Romea Los Caños, con su Agus de Jerez, y las Bellepop, las ganadoras del concurso de Telecinco Paganar



SENSIBLE VENCEDOR. Chiqui Cantó se emocionó al interpretar una canción de Rosana. V. VICENS / AGM



SALERO. José Rodríguez, el benjamín de la gala. V. VICENS / AGM



VETERANÍA. Rocío Jurado acompañó a los pequeños. V. VICENS / AGM

La Región, protagonista de la noche

J. P. P. MURCIA

La emisión de Veo, veo, el próximo 23 de diciembre, se convertirá en un escaparate para Murcia. Una pantalla gigante situada en el escenario fue empujada anoche imágenes de diferentes puntos de la Región. Un lugar destacó especialmente: Caravaca de la Cruz. La población celebrará durante el 2003 el Año Jubilar. La propia Teresa Rabal recordó durante toda la gala sus raíces murcianas y su cariño hacia esta tierra. También intervino mediante un mensaje grabado el Presidente regional, Ramón Luis Valcárcel.

Junto a la presentadora del programa, se trasladaron hasta el Teatro Romea los miembros del Jurado, presidido por Antonio Canales, y del que también formó parte la directora del Ballet Nacional, Elvira Andrés.

Murcia compartió protagonismo con Galicia. Teresa Rabal recordó la tragedia del Prestige y mostró su solidaridad con los gallegos.

También canté en algún que otro funeral. Eso no eran contrataciones ni nada por el estilo: era algo personal. Los más allegados me lo pedían y, aunque era duro para mí, lo hacía por el cariño que les tenía. Imagina cantar «Al atardecer de la vida» o el «Ave María» para un público roto por el dolor. No era la situación más agradable del mundo, pero era alentador saber que su pena era más llevadera si yo estaba a su lado.

MAPAS INFINITOS

Mi madre me tuvo con diecinueve años. Así que podría decirse que nos hemos criado juntos. Empecé a hablar muy pronto y, desde entonces, no he parado. Tengo un leve *flash* en mi memoria, pero recuerdo que cuando ella quería salir a despejarse y yo no me dormía, me preguntaba: «¿Chiqui, es que no tienes sueño?», a lo que yo contestaba: «Mamá, es que me gusta hablar». En eso he salido a ella. A veces la llamo por teléfono para hablar de algo importante y termino escuchando un monólogo de casi una hora en la que no hemos hablado de lo que teníamos que hablar y en la que ella me cuenta todo lo que se le pasa por la cabeza. Es muy divertido escucharla. Mi madre es una persona muy sociable, siempre habla con todo el mundo, y tiene la costumbre de preguntarle a la gente con la que trabajo —y cuando yo no estoy delante—, si soy buena persona, si los trato bien... Por un lado, me desconcierta. No he oído a ningún padre o madre preguntar eso al equipo de sus hijos; pero, por otro, me hace sentir orgulloso de que se preocupe por esas cosas.

Si no hubiera sido por ella, yo no habría llegado tan lejos. Cuando cumplí ocho años, me apuntó al concurso *Veo veo* para que me hicieran mi primera audición. Canté «Granada», un clásico de Agustín Lara. Y me seleccionaron. Era la primera vez que iba a estar en un escenario de verdad y, encima, se iba a retransmitir por La 1 de Televisión Española, la cadena más importante del país. Chaleco y pantalón grises, corbata torcida y uñas mordidas. Estaba como pez en el agua, aunque realmente no me moví de mi sitio en los casi cuatro minutos que dura la canción. La gastroenteritis que tenía no me impidió ganar el primer premio regional.





Dos años más tarde repetí y volví a ganar: esta vez representé a España en su versión internacional y quedé tercero. Luego vino *Eurojunior* en el 2004 y viví la experiencia más increíble de toda mi niñez. Mucha gente se cuestiona si los niños deberían cantar o formar parte de un *show*. Pero no recuerdo que nadie cuestione si los niños que pintan, los que practican deportes o incluso los que hacen *ballet*, deben hacerlo. La cuestión es si es feliz haciendo eso y si los padres están cuidando su educación. Hay padres que son más artistas que los propios niños. Aún no soy padre, y es algo que me encantaría; pero, si lo fuera, apoyaría a mi hijo para que alcanzase cualquier cosa que quisiera hacer en la vida, porque dejaría de tratarse de mi vida y pasaría a ser la suya.

Pienso que los padres deberían ser guías, no moldes. He conocido niños que no han querido seguir este camino y los padres los han respetado. Sin embargo, también he conocido la otra cara de la moneda y es catastrófico. Creo que es una cuestión de educación y flexibilidad; o, mejor dicho, de *felicidad*.

Solo recuerdo una época en la que no fui feliz. Me presentaba a todos los concursos de la región y los ganaba todos. Debería haber sentido todo lo contrario, pero ese momento empezó a convertirse en algo angustioso para mí porque, cuando llegaba el turno de recoger el primer premio, me revolía todo por dentro.



Había niños y niñas que se alegraban de mi éxito, pero no todo el mundo era así. Empezaba a notar los primeros celos y demás cosas feas, sobre todo por parte de algunos padres. Cuando llegaba el momento del veredicto, cerraba los ojos y deseaba no ser yo quien ganara. No solo competía contra chavales de mi edad, no; hubo bastantes adultos que me mostraron que la competición puede llegar a ser muy amarga y la sed de éxito puede dejarte seco. Los niños no pensábamos en eso y, afortunadamente, mi familia tampoco. Yo cantaba donde me dejaran.

Pero ese sentimiento desapareció en *Eurojunior*, cuando María Isabel se alzó con la victoria. Por fin era otra persona la que encabezaba el pódium y yo la acompañé hasta ahí arriba. No me pude sentir más orgulloso. Mi verdadero triunfo fue, después de mucho tiempo, la amistad.

A esa edad, mi madre ya se había comprado una casa en Molina de Segura para que yo pudiera estudiar en el instituto y en el conservatorio. Recuerdo cuando llegamos a nuestra nueva casa, que era de segunda mano. Ella había acordado la compra de un piso amueblado y, cuando llegamos, no había ni la mitad de los muebles que le habían prometido. Se los habían llevado casi todos. Fue un golpe muy duro; no teníamos dinero para comprar un sofá o una tele. Y, como nunca he trabajado en algo que no esté relacionado con la música (ha sido mi manera de ganarme la vida), con uno de mis primeros sueldos, insistí en comprar un recibidor de madera precioso. Cuando lo trajeron a casa, me quedé sentado en el suelo observándolo durante un buen rato. «¡No me voy a mover de aquí! —decía—. ¡Me voy a quedar mirándolo toda la vida!». Supongo que era la forma en la que yo expresaba que me sentía orgulloso de mi aportación. Empecé a ganar mi primer dinero a los ocho años. Mi madre me lo guardaba, aunque y yo a veces insistía en que lo gastáramos en cosas como esta.

Recuerdo que, cuando era un niño y salíamos a comprar, si me encaprichaba de algún juguete, mi madre me decía: «Esto a ti no te gusta», «Eso no lo vas a usar» y cosas así. Realmente no lo entendía bien. Dentro de lo que ella podía permitirse, me daba lo mejor, pero ahora me doy cuenta de que en realidad no podía permitirse comprarme algunos de mis caprichos. Por ese motivo escuché mucho el «no», pero de una manera hermosa. Había veces en las que me daba cuenta de la situación y alcanzaba a preguntar: «Mamá, ¿es que somos pobres?». Y ahora lo recuerdo con cariño.